

Ecolalias

Del mismo autor

*Fortune's faces: The Roman de la Rose and the poetics
of contingency*, Baltimore, 2003

The inner touch: Archaeology of a sensation, Brooklyn, 2007,
en preparación por Katz editores

Daniel Heller-Roazen

Ecolalias

Sobre el olvido de las lenguas

Traducido por Julia Benseñor

Primera edición, 2008

© Katz Editores
Charlone 216
C1427BXF-Buenos Aires
Fernán González 59, Bajo A
28009 Madrid
www.katzeditores.com

Título de la edición original: *Echolalias*.
On the forgetting of language

© 2005 Daniel Heller-Roazen

ISBN Argentina: 978-987-1283-92-7

ISBN España: 978-84-96859-48-7

I. Lingüística. I. Julia Benseñor, trad. II. Título
CDD 410

El contenido intelectual de esta obra se encuentra protegido por diversas leyes y tratados internacionales que prohíben la reproducción íntegra o extractada, realizada por cualquier procedimiento, que no cuente con la autorización expresa del editor.

Diseño de colección: tholön kunst

Impreso en España por Romanyà Valls S.A.
08786 Capellades
Depósito legal: 3-52.307-2008

Índice

9	1. La cumbre del período de balbuceo
13	2. Exclamaciones
19	3. La alef
27	4. Fonemas en peligro de extinción
33	5. La H & Co.
49	6. Exilios
53	7. Vías muertas
67	8. Umbrales
77	9. Estratos
89	10. Transformaciones
99	11. Pequeñas estrellas
115	12. El regreso del destello
123	13. La vaca que escribe
129	14. El animal inferior
149	15. Aglosostomografía
163	16. <i>Hudba</i>
179	17. Esquizofonética
191	18. Un cuento de Abū Nuwās
195	19. Persa
203	20. Poetas en el paraíso
219	21. Babel
233	Bibliografía
243	Índice temático

He oído que algunos de nuestros yahoos marinos encuentran que mi vocabulario marino es defectuoso, impropio en muchos aspectos e inadecuado. No puedo hacer nada sobre este punto. En mis primeros viajes, cuando era joven, me instruyeron los marineros más viejos y aprendí a hablar con ellos. Pero desde entonces he visto que los yahoos marinos, como los terrestres, son hábiles para acuñar nuevos términos, que renuevan cada año hasta tal punto que, tras cada regreso mío a mi país, el antiguo dialecto había cambiado tanto que me costaba entender el nuevo. Y veo que cuando viene de Londres a visitarme algún yahoo, ninguno de los dos somos capaces de expresar nuestras ideas de forma inteligible para el otro.

Jonathan Swift, *Los viajes de Gulliver* [trad. de Pedro Barbadillo, Madrid, Ediciones SM, 2000, pp. 13-14]

1

La cumbre del período de balbuceo

Como bien se sabe, los niños al principio no hablan. En cambio, emiten sonidos que parecen anticipar los sonidos del lenguaje humano y que a la vez se encuentran, en su esencia, en las antípodas. A medida que se aproximan al momento en el que comienzan a formar las primeras palabras reconocibles como tales, tienen a su disposición tal potencial para la articulación que nadie, ni siquiera el más dotado de los adultos políglotos, aspiraría a igualar. Es precisamente por esta razón que Roman Jakobson se sintió cautivado por el balbuceo de los niños, además de sentirse atraído por cosas tales como el futurismo ruso, la métrica eslava comparada y la fonología estructural, es decir, la ciencia que estudia las formas sonoras del lenguaje. En *Lenguaje infantil, afasia y leyes generales de la estructura fónica*, que escribió en alemán entre 1939 y 1941 durante su exilio en Noruega y Suecia, Jakobson observó que

un niño es capaz de articular en su balbuceo una suma de sonidos que nunca se encuentran reunidos a la vez en una sola lengua, ni siquiera en una familia de lenguas: consonantes con los puntos de articulación variadísimos, palatales, redondeadas, sibilantes, africadas, clics, vocales complejas, diptongos, etc.¹

Respaldao por las investigaciones realizadas por psicólogos infantiles con formación lingüística, Jakobson llegó a la conclusión de

¹ Jakobson, *Child language, aphasia and phonological universals*, p. 21 [la traducción corresponde a la edición española: *Lenguaje infantil, afasia y leyes generales de la estructura fónica*, trad. de Esther Benítez, Madrid, Ayuso, 1974, p. 31].

que en aquello que él dio en llamar “la cumbre del período de balbuceo” (*die Blüte des Lallens*) no pueden fijarse límites a las capacidades fónicas del niño que balbucea. Respecto de la articulación, Jakobson sostenía que los niños son capaces de todo. Sin el menor esfuerzo pueden producir todos y cada uno de los sonidos incluidos en todas las lenguas humanas.

Cabría pensar que, con tal potencial para el habla, la adquisición del lenguaje habría de ser una tarea rápida y sencilla para el niño. Sin embargo, no es así. Entre el balbuceo del niño y sus primeras palabras no sólo no hay un pasaje fluido sino que hay pruebas de que se produce una interrupción muy marcada, algo parecido a un momento decisivo en el que las capacidades fonéticas hasta entonces ilimitadas parecen tambalear. En las propias palabras de Jakobson,

los observadores comprueban, entonces, con gran sorpresa, que el niño pierde prácticamente todas sus facultades de emitir sonidos cuando pasa de la etapa prelingüística a la adquisición de sus primeras palabras, primera etapa lingüística propiamente dicha.²

Por cierto, a esta altura no ha de sorprender cierta atrofia parcial de las capacidades fónicas; cuando el niño comienza a hablar una lengua dada, obviamente ya no utiliza todas las consonantes y vocales que alguna vez supo articular, por lo que es absolutamente natural que al dejar de emplear los sonidos no contenidos en la lengua que está adquiriendo pronto olvide cómo se producen. Pero cuando comienza a aprender una lengua, no pierde sólo la capacidad de producir sonidos que exceden ese sistema fonético dado. Lo que resulta aun más sorprendente (*auffallend*), acotó Jakobson, es que otros muchos sonidos comunes a su balbuceo y a la lengua adulta ahora desaparezcan del acervo del niño; es en este preciso momento cuando puede decirse que se ha iniciado verdaderamente el proceso de adquisición de una lengua. A lo largo de varios años, el niño comenzará, poco a poco, a dominar los fonemas que definen la estructura sonora de lo que habrá de constituir su lengua madre, de acuerdo con un

² Jakobson, *Child language, aphasia and phonological universals*, p. 21 [trad. esp. cit.: p. 32].

orden que Jakobson presentó por primera vez en forma estructural y estratificada: comenzando con la emisión de las dentales (como la *t* y la *d*), el niño aprenderá a pronunciar las palatales y velares (como la *k* y la *g*); a partir de las oclusivas y las labiales (como las *b*, *p* y *m*), adquirirá la posibilidad de formar las constrictivas o fricativas (como las *v*, *s* y *ʃ*) y así sucesivamente hasta que, al término de su proceso de aprendizaje de la lengua, el niño se convierte en un “hablante nativo”, para usar la expresión con la que todos estamos familiarizados pero cuya imprecisión es notable.

¿Qué sucede en el período de transición con los numerosos sonidos que el niño solía pronunciar fácilmente? ¿Cuál es el destino que le espera a su capacidad de producir los sonidos de todas las lenguas antes de aprender los sonidos de una única lengua? Es como si la adquisición del lenguaje sólo fuera posible a través de un acto de olvido, una suerte de amnesia lingüística infantil (o amnesia fónica, ya que lo que el niño parece olvidar no es la lengua sino una capacidad infinita para la articulación indiferenciada). ¿Es posible que el niño esté tan cautivado por la realidad de una lengua que opta por abandonar la tierra sin fronteras pero a la vez estéril que encierra la posibilidad de existencia de todas las demás? ¿O acaso uno debería observar la lengua recién adquirida para buscar una explicación?: ¿es acaso la lengua madre la que se apodera del nuevo hablante y se rehúsa a dar cabida siquiera a la sombra de alguna otra? Todo se complica aun más por el hecho de que en el momento en que el niño se sume en el silencio, ni siquiera puede decir “yo”, por lo que dudamos en atribuirle conciencia de hablante. En todo caso, cuesta imaginar que los sonidos que el niño alguna vez pudo producir con tanta facilidad se hayan desvanecido por completo de su voz y hayan dejado nada más que una estela de humo (y el humo, de hecho, es algo). Al menos dos cosas nacen de esa voz vaciada por el retiro de los sonidos que el niño que ha aprendido a hablar ya no puede producir: a partir de la desaparición del balbuceo nacen una lengua y un hablante. Bien podría tratarse de algo inevitable. Tal vez el niño deba olvidar la infinita serie de sonidos que alguna vez pronunció en “la cumbre de su período de balbuceo” para así lograr el dominio del sistema finito de consonantes y vocales que caracteriza a una lengua específica. Tal vez la pérdida de un arsenal

fonético ilimitado es el precio que el niño deba pagar por el documento que le confiere condición de ciudadano en la comunidad de la lengua a la que pertenece.

¿Las lenguas de los adultos retienen algo del balbuceo infinitamente variado del que surgieron? Si es así, entonces lo que perdura es apenas un eco, ya que allí donde hay lengua el balbuceo desapareció mucho tiempo atrás, al menos en la forma en que alguna vez existió en boca de ese niño que aún no había aprendido a hablar. Sería apenas un eco de otra habla y de algo diferente al habla: una ecolalia, que supo resguardar la memoria de ese balbuceo indiferenciado e inmemorial que, al perderse, permitió la existencia de todas las lenguas.

2

Exclamaciones

En cierto sentido, los niños nunca abandonan por completo los sonidos cuya articulación olvidan, ya que hay una zona del habla en la que reaparecen con sorprendente regularidad: las expresiones que tradicionalmente se denominan, con más o menos precisión, “onomatopeyas”. A menudo se ha observado que cuando los niños que se encuentran en pleno proceso de aprendizaje de una lengua buscan imitar los ruidos inhumanos que los rodean, sistemáticamente usan ya no los sonidos que son capaces de emitir en su lengua madre recién adquirida, sino aquellos que parecerían de otro modo imposibles de pronunciar y que alguna vez produjeron sin el menor esfuerzo. Jakobson dedicó cierto tiempo al análisis de este fenómeno en *Lenguaje infantil, afasia y leyes generales de la estructura fónica*, donde destacó el papel sistemático y universal que las onomatopeyas desempeñan en la adquisición del lenguaje. Escribió:

Se ha observado que niños que aún no habían dominado los fonemas velares imitaban la caída de una persiana con un *gi*, el graznido de un cuervo con *kra-kra*, expresaban el bienestar con *gaga*, la alegría con *ch-ch* y llamaban *kha* a todo lo sucio, etc. Aunque las constrictivas estén tan sustituidas por oclusivas en el “lenguaje denominativo concreto” del niño, pueden figurar como medio sonoro expresivo en sus onomatopeyas: el tranvía estará representado por *zin-zi*, y *ss* designará para un niño al gato, para otro a la mosca; en muchos casos una *f* servirá tanto para imitar el ruido de un avión como para espantar perros y gallinas. Aunque la líquida *r* falte aun en las palabras tomadas de los adultos, se uti-

lizará perfectamente para reproducir el canto de los pájaros o el chirriar de una carreta; del mismo modo, niños que aún no saben emplear normalmente la *i* imitan el ladrido del perro con *didí* o los gritos de los gorrones con *titi*, *bibibi* y *pípi*.¹

Las imitaciones de los ruidos mecánicos y de animales parecen pertenecer a una dimensión del habla del niño tan curiosa como compleja, cuyo estado en la evolución del lenguaje dista mucho de ser claro. ¿Acaso los sonidos que el niño utiliza en las onomatopeyas representan los últimos vestigios de un balbuceo de otro modo olvidado o son, en cambio, las primeras señales de una lengua por llegar? Cualquiera que sea el caso, las interjecciones del niño indican que la lengua evoluciona en un período que no es ni unitario ni lineal; más aun, sugieren que por más avance contundente que exhiba el habla, ésta sigue encerrando en su seno elementos, trazas o anuncios de otra.

Los niños no son, en este sentido, muy diferentes de los adultos en los que habrán de convertirse. En los mismos años en que Jakobson escribió su trabajo innovador sobre la adquisición y pérdida del lenguaje, su buen amigo Nikolai Sergeevich Trubetzkoy, con quien años atrás había fundado el Círculo Lingüístico de Praga, demostró que las onomatopeyas pertenecían a un tipo específico de articulación común al habla de niños y adultos. Al final del cuarto capítulo de su obra monumental aunque inconclusa, *Principios de fonología*, tras definir cada lengua individual como un “sistema fonológico finito de oposiciones distintivas” determinantes de las vocales, consonantes y prosodia que le son propias, Trubetzkoy agregó una sección final, que presentó a modo de apéndice: un debate breve pero de gran alcance sobre lo que definió como los “elementos distintivos anómalos” de las lenguas. “Además del sistema fonológico normal —escribió— muchas lenguas presentan diversos elementos fonológicos que desempeñan funciones muy especiales.”² A esta categoría pertene-

1 Jakobson, *Selected writings*, vol. 1, *Phonological studies*, p. 339; en la versión en inglés de Jakobson, *Child language, aphasia, and phonological universals*, p. 26 [la traducción corresponde a la ed. esp. cit.: *Lenguaje infantil y afasia*, pp. 38-39].

2 Trubetzkoy, *Principles of phonology*, pp. 207-209 [la traducción corresponde a la edición en español: *Principios de fonología*, Madrid, Cincel, 1987, pp. 206-207].

cen todos los “sonidos extranjeros” emitidos por los hablantes de una lengua cuando tratan de imitar otra: fonemas presentes en palabras prestadas de otra lengua que en el pasaje de un idioma a otro inevitablemente cambian su forma y muchas veces adquieren una forma nueva y singular, que en última instancia no es reductible al idioma del que provienen ni al idioma en el que son invocados. Trubetzkoy, que vivía en Viena cuando escribió este libro, citó casos en que los hablantes del alemán usan una palabra francesa o eslava que incluye la forma sonora *f* (es decir, *ž*) o vocales nasales, todos sonidos normalmente ausentes del sistema fonológico alemán. Cuando se propuso explicar el origen extranjero del término “teléfono”, en clara distinción de la palabra alemana *Fernsprecher*, los vieneses, por ejemplo, pronunciaban la sílaba final de la palabra con una vocal nasal posterior, semiabierta: decían “telef $\ddot{o}$ ”, evocando así un sonido gálico que, de hecho, es ajeno al alemán (el $\ddot{o}$ nasal), pero que también está ausente de la pronunciación real del vocablo francés *téléphone*. A esta categoría de “elementos distintivos anómalos”, escribió Trubetzkoy, pertenecen también todos los sonidos presentes en “las interjecciones, las onomatopeyas y en los llamados u órdenes dirigidos a animales domésticos”, articulados tanto por niños como por adultos.³

Según lo explicado por Trubetzkoy, estas articulaciones interjectivas “no poseen función representativa [*Darstellungsfunktion*] en sentido estricto”. Según los términos empleados en la filosofía contemporánea del lenguaje, cabría decir que se trata de “actos de habla” que, sin que estén completamente vacíos de significación, no afirman ni niegan nada. A diferencia de otras proposiciones clásicas, no “expresan algo respecto de otra cosa”; su única función consiste en la fuerza misma de la articulación. Sin duda, esto no constituyó un hallazgo novedoso. Para la teoría del lenguaje, que una interjección no es una enunciación es una tesis ya conocida al menos desde los tiempos de Aristóteles, que, por esta razón, excluyó todas las exclamaciones, incluidas plegarias y lamentaciones, del campo de la lógica desde el principio de su decisivo tratado sobre las proposiciones, conocido en la tradición filosófica como *De interpretatione*.⁴ El

3 *Ibid.*

4 Aristóteles, *De interpretatione*, 17a6-8.

verdadero hallazgo de Trubetzkoy fue en aquella área de la lingüística que él en gran parte contribuyó a definir –la fonología–, pues demostró que a la singularidad lógico-formal de las exclamaciones le correspondía una estructura fonética completamente excepcional. Trubetzkoy halló que los sonidos que produce un ser humano en las interjecciones, las imitaciones de ruidos inhumanos y las órdenes a animales rara vez se encuentran presentes en las expresiones habituales de la lengua del hablante, sino que están mucho más allá de los límites que definen la estructura sonora de una lengua en particular. Como siempre, el lingüista no tuvo ningún problema en proporcionar ejemplos que así lo demostraran. Sólo en relación con las lenguas europeas, citó los siguientes: “la interjección representada por *hm*, los sonidos chasqueantes empleados para excitar a los caballos, la *r* labial que sirve para detener a los caballos o la interjección de estremecimiento ¡brrr!”⁵ No sería difícil ampliar la lista, aun cuando nos limitáramos a los sonidos exorbitantes y excesivos que se encuentran normalmente en las exclamaciones de los hablantes de una única lengua. Por ejemplo, consideremos la típica exclamación de asco “*ukh*” utilizada en inglés, en la que participa una consonante constrictiva *kh* (reminiscencia de los sonidos representados por la letra castellana *jota* o la letra árabe *خ*), y que aparece en algunas lenguas en franca oposición a la *k* velar o a una *h* más gutural, pero que no tiene un lugar propio en el sistema fonológico del inglés; o tomemos como ejemplo la *r* “ápico-alveolar” o “rolada” que los niños anglófonos alguna vez usaron para imitar el sonido de la llamada de un teléfono; o la *r* “dorso-velar” o “vibrante” que suele articularse para imitar el ronroneo de un gato, que sorprendentemente evoca las consonantes líquidas del francés o el alemán modernos; o bien, por último, el sonido que aparece en el centro de la interjección inglesa contemporánea utilizada para expresar asombro “*uh-oh*”, que mucho se parece a una oclusiva glotal y que desempeña un papel tan importante en lenguas como el árabe y el danés, pero que, en cambio, no cumple una función clara en la fonología del inglés estándar. En todos los casos, las interjecciones abren las puertas de un sistema de sonidos determinado a un uni-

⁵ Trubetzkoy, *Principles of phonology*, p. 208 [trad. esp. cit.: p. 207].

verso de fonemas que normalmente se encuentran fuera de él y de este modo llevan a una lengua hasta un punto en que, tal como lo expresó Trubetzkoy, para ellas “no es válido el sistema fonológico habitual”.⁶ La lengua transpone las fronteras que normalmente la definen y ahora avanza por una región poco clara de sonidos que pertenecen a la lengua de nadie en particular y que a veces, por cierto, parecen no pertenecer siquiera a un idioma humano.

No es fácil definir la posición precisa que tales sonidos interjectivos tienen en una lengua; la decisión de Trubetzkoy de restringir su debate sobre los “elementos distintivos anómalos” a la última sección de su capítulo sobre los sistemas fonológicos parece mostrar cierta renuencia a enfrentar la cuestión de manera directa. ¿Qué relación, después de todo, guardan las interjecciones, tanto infantiles como adultas, con las lenguas en cuyo seno se pronuncian? Por una parte, las interjecciones parecen representar una dimensión común a todas las lenguas como tales, ya que es difícil, si no imposible, imaginar una forma de habla en la que no se emitan tales sonidos. Y sin embargo, las exclamaciones interjectivas marcan necesariamente “un más allá” en la fonología de una lengua individual, ya que están hechas de sonidos específicos que, por definición, no están de otro modo contenidos en la lengua. En suma, los “elementos distintivos anómalos” están incluidos en una lengua y a la vez están excluidos de ella; más precisamente, parecen estar incluidos en una lengua al punto de que se encuentran excluidos. Los ruidos de las exclamaciones—como equivalentes fonéticos de entidades paradójicas que destierran la lógica de esta disciplina—constituyen “elementos” dentro de cada lengua que pertenecen y no pertenecen al conjunto de sus sonidos. Son los miembros nunca bien acogidos pero a la vez inalienables de todo sistema fonológico de los que ninguna lengua puede prescindir y que a la vez nadie puede reclamar como propios.

Que estos elementos fonéticos son menos “anómalos” de lo que parece fue sugerido precisamente por Dante, el más grande pensador y hacedor de lengua, en cuyo tratado inconcluso sobre el lenguaje, *De vulgari eloquentia*, expresó que desde los tiempos de la Caída del hombre el habla humana siempre ha comenzado con una

6 *Ibid.*

exclamación de desesperanza: “Heu!”⁷ (Cabe observar que eligió una expresión cuya forma escrita contiene al menos una letra que representa un sonido que debió haber estado ausente del latín medieval que Dante conoció: la *h*, la consonante aspirada por excelencia.) La sugerencia del poeta merece toda nuestra consideración. ¿Qué significa para la forma primaria del habla humana el hecho de no ser una enunciación, una pregunta o una designación, sino una interjección? El comentario de Dante no será interpretado correctamente si se lo considera de manera muy literal, ya que define menos las condiciones empíricas del habla que las condiciones estructurales que dan lugar a la definición de la lengua como tal. Dante sugiere que estas condiciones son las de la interjección: tan pronto como puede haber una exclamación, sugiere el poeta y filósofo, puede haber una lengua, pero no hasta entonces; una lengua en la que uno no pueda gritar no sería una lengua humana en absoluto. Tal vez esto se deba a que la intensidad de la lengua no se encuentra en ningún otro lugar más poderoso que en la interjección, la onomatopeya y la imitación humana de aquello que no es humano. En ningún otro lugar la lengua es más “ella misma” que en el momento en que parece abandonar el terreno de sus sonidos y sentidos para adoptar, en cambio, la forma sonora de lo que una lengua no tiene —o no puede tener— para sí: sonidos animales, naturales o mecánicos. Es entonces cuando una lengua, que gesticula más allá de sí misma en un habla que no es ninguna en particular, se abre a un no lenguaje que la antecede y que la sigue. Es entonces cuando —en la emisión de sonidos extraños que los hablantes de una lengua nunca pensaron que podrían pronunciar— una lengua se muestra como “exclamación” en el sentido literal del término: un grito (*ex-clamare*, *Aus-ruf*), más allá de sí o antes de sí, hecho de los sonidos de un habla no humana que no se puede recordar ni olvidar por completo.

7 Dante, *De vulgari eloquentia*, 1.4.4, pp. 42-44.

3

La alef*

La lengua hebrea contiene una letra que nadie puede pronunciar. Esto no se debe a que representa un sonido especialmente difícil de articular, como ese sonido enfático y dental del árabe clásico (ض), tan difícil que muchos hablantes nativos no logran dominarlo jamás por completo, ni el sonido líquido sibilante y complejo del (ř) checo, que tanto trabajo les da a los extranjeros y que el propio Roman Jakobson, en un momento inédito de confesión personal, admitió que no siempre podía pronunciarlo en sueños.¹ La letra hebrea *alef* (א) no puede pronunciarse, no porque su sonido sea demasiado complejo sino porque es demasiado sencillo; nadie puede pronunciar esta letra porque, a diferencia de todas las demás, no representa sonido alguno. Por supuesto, se cree que no siempre fue así. Se dice que la *alef* se usaba originalmente para indicar el movimiento de la laringe al producir la oclusiva glotal. La *alef*, la contraparte de la *hamza* (ء) más que de la *alif* (ا) árabes, habría

* Se publicó una versión anterior de este capítulo como parte de “Speaking in tongues”, *Paragraph* 25, N° 2, 2002, pp. 92-115.

¹ Jakobson, *Child language, aphasia and phonological universals*, p. 63. Al debatir las semejanzas entre los trastornos del habla en los sueños y los síntomas afásicos, Jakobson comenta: “No sólo las palabras efectivamente pronunciadas por el durmiente sino también lo que permanece en el estado de sueño, es decir, ‘la palabra no motriz, susceptible únicamente de una aprehensión introspectiva’, pueden estar sometidas a deformaciones sonoras. He observado eso en varias ocasiones en mi propio lenguaje del sueño. Cuando el despertador interrumpió mi sueño en el momento en que soñaba haber dicho *seme*, tenía la certeza de que eso significaba *zemël*, ‘muerte’ (hablo ahora sobre todo checo en mis sueños)” [la traducción corresponde a la ed. esp. cit.: *Lenguaje infantil y afasia*, p. 91].

representado un mero gesto articulatorio; su sonido habría sido similar al de un “repentino espasmo del pecho que necesita hacer cierto esfuerzo para ser producido”, según como Sībawayh, el gran gramático del árabe clásico, alguna vez describió la *hamza*.² En su *Compendio de gramática de la lengua hebrea*, Spinoza describió el carácter fonético de la letra *alef* con suma precisión, alegando que “no podía ser equiparada a ninguna otra letra de ningún idioma europeo”.³ Para ser más precisos, la *alef* no representa ningún sonido completamente articulado sino que, de acuerdo con Spinoza, no es más que el signo del “inicio del sonido en la garganta que se oye cuando ésta se abre”.⁴ Pero esta reseña de la letra esconde, hasta cierto punto, su verdadera naturaleza, que es mucho más modesta de lo que los gramáticos estarían dispuestos a admitir. La letra hebrea *alef* no tuvo el valor “articulatorio” de la *hamza* del árabe clásico durante mucho tiempo y la firme creencia en su existencia en el pasado no puede ser más —ni menos— que la obra de la reconstrucción filológica y lingüística. Es como si el sonido de la *alef* hubiese sido olvidado por el pueblo que alguna vez lo produjo: de las numerosas pronunciaciones modernas del hebreo, ninguna le atribuye ningún sonido y en todos los casos la *alef* es tratada como el soporte silencioso de las vocales a las que sustenta, despojada incluso del “no sonido” o interrupción en la articulación que, según se cree, alguna vez expresó.⁵

Sin embargo, a pesar de su humildad fonética, la *alef* es una letra de prestigio en la tradición judía, y por cierto no es por mero azar que los gramáticos hebreos la consideran la primera letra del alfabeto. Una de las primeras grandes obras de la Cábala, el *Bahir* (ספר הבהיר), la define como más antigua que todos los signos y más primordial que todas las combinaciones de los signos en la Biblia: “Primero fue

2 Sībawayh, *Al-Kitāb*, vol. 3, p. 548. Sobre el tratamiento que Sībawayh le da a la *hamza*, véase al-Nassir, *Sībawayh the Phonologist*, pp. 10-12.

3 Spinoza, *Compendium grammatices linguae hebraeae*, en *Opera*, vol. 1, *Korte verhandeling van God; De Mensch en deszelfs welstand; Renati Des Cartes principiorum philosophiae pars 1 & 11; Cogitata metaphysica; Compendium grammatices linguae hebraeae*, p. 288.

4 *Ibid.*, p. 287.

5 Sobre la *alef* en el lenguaje bíblico, véase Joüon, *Grammar of Biblical Hebrew*, vol. 1, *Orthography and phonetics; morphology*, pp. 25-26.

la *alef*, incluso precedió a la *Torá*” (היתה קודם לכל ואפי' לתורה).⁶ Es casi como si el silencio de la *alef* no sólo fuera el signo sino también la razón de su diferencia. La sección introductoria del *Zohar* explica los privilegios de la letra así como las justas recompensas recibidas por su excepcional modestia:

Cuando el Santo, Bendito Sea, estaba por hacer el mundo, todas las letras del alfabeto [hebreo] eran todavía embrionarias y durante dos mil años el Santo, Bendito Sea, las ha contemplado y jugado con ellas. Cuando llegó a crear el mundo, todas las letras se presentaron ante Él en orden inverso.⁷

Es natural que cada una aspire a ser el instrumento de la creación, por lo que todas las letras, desde la *tav* (ת) a la *gimel* (ג), presentan fundamentos sólidos pero, en última instancia, insuficientes para postularse como candidatas (todas las letras en hebreo son femeninas). La *tav* se adelantó al frente y pidió colocarse primera en la creación del mundo, dado que era “la letra final de *Emet* (la Verdad) que está grabada en Tu sello” (אמת), la *shin* (ש) argumenta que es la letra inicial del nombre divino *Shadai* [Todopoderoso] (שדי), la *tsadi* (צ) dice que es el signo de los “justos” [Tzadikim] (צדיקים), y así cada una de las letras del alfabeto, de atrás para adelante, da un paso al frente para exaltar sus virtudes. Por último, llegamos a la *bet* (ב), que le recuerda a D's que “yo represento las bendiciones [*Berajot*] ofrecidas a Ti [ברך], en lo alto y abajo”, y así ganó su posición privilegiada al iniciar las dos primeras palabras de la *Torá*: En el principio, [D's] creó... (ברשית ברא). “‘Por supuesto!’, respondió el Todopoderoso, bendito sea Su nombre. ‘Seguramente con-

6 Abrams, *The Book Bahir*, p. 123, párr. 13. Como las notas a esta edición lo indican, la sentencia le es atribuida en algunos manuscritos a rabí Amoray; en otros, a rabí Rehumay.

7 *Sefer ha-Zohar* 2b. Puede encontrarse una traducción al inglés en *The Zohar*, vol. 1, p. 9. Podrían citarse muchas obras, primarias y secundarias, sobre el estado de las letras en las doctrinas cabalísticas de la creación; para un panorama general de los problemas tratados en la filosofía cabalística del lenguaje, véase el ensayo fundamental de Gershom Scholem, “Der Name Gottes und die Sprachtheorie der Kabbalah”, en *Judaica* III, pp. 7-70; véase también Sirat, “Les Lettres hébraïques”. [La traducción corresponde a la edición en español: *El Zohar*, trad. y comentarios de León Dujovne, Buenos Aires, Sigal, 1977, vol. 1, pp. 6-7].

tigo crearé el mundo y tú formarás el comienzo en la creación del mundo.”⁸

Durante todo este procedimiento, leemos que la *alef* se mantuvo oculta:

La *alef* se mantuvo en su sitio sin presentarse. El Todopoderoso, bendito sea Su nombre, le dijo: “*Alef, alef*, ¿por qué no vienes tú delante de Mí como las demás letras?” Y la *alef* respondió: “Porque veo a todas las otras letras abandonando Tu presencia sin éxito alguno. ¿Qué puedo, entonces, lograr yo? Y además, desde que Tú has dotado a la letra *Bet* con este gran don, no es adecuado para el Rey Supremo retirar el don que ya ha hecho a Su servidora y otorgarlo a otra”. Entonces, el Señor le dijo: “*Alef, alef*, aunque comenzaré la creación del mundo con la *Bet*, tú serás la primera de las letras. Mi unidad sólo se expresará a través de ti y sobre ti se basarán todos los cálculos y operaciones del mundo, y la unidad se expresará solamente por la letra *Alef*”.⁹

Aunque excluida de la primera palabra de la creación, la *alef* se convirtió en el principio fundamental de toda construcción. Colocada al inicio del alfabeto, se le otorga el valor numérico “uno”, y su silencio del comienzo explica su posterior elevación por encima del resto.

La primera parte del *Bereshit rabá*, uno de los más célebres comentarios sobre la Biblia hebrea, se explaya sobre la ausencia de la *alef* desde el principio y presenta una serie de interpretaciones de esta aparente laguna al comienzo de la *Torá*. Aquí, rabí Yoma comienza el debate preguntando, en nombre de rabí Levi, “¿por qué el mundo fue creado con la letra *bet*?”.¹⁰ Hay otra *midrash hagadá* aun más aguda. “El texto del Génesis podría haber dicho ‘Dios al comienzo creó’, en cuyo caso la primera letra habría sido la *alef*” (es la letra del nombre divino usado en los primeros versos del Génesis (אלהים)).¹¹ Se han

8 *Sefer ha-Zohar* 3a; versión en inglés en *Zohar*, vol. 1, p. 12 [trad. esp. cit.: vol. 1, p. 6].

9 *Ibid.* 3a-3b; versión en inglés en *Zohar*, vol. 1, pp. 12-13 (trad. modificada) [trad. esp. cit.: vol. 1, pp. 6-10].

10 *Midrash rabá* 1.10; puede encontrarse una traducción al inglés en *Midrash rabá*, vol. 1, Génesis, p. 9; cf. *Sefer ha-Bahir* 3.

11 *Elihu rabá* 31.

aducido varias razones para explicar la santidad de la *bet*, pero mucho antes los sabios explícitamente plantearon la cuestión de la ausencia de la *alef*: “¿Por qué no la *alef*?”

Porque es el signo usado para maldecir [אִרְרָה, que comienza con una *alef*]. Otra interpretación: para no darles razones a los herejes que entonces habrían dicho: “¿Cómo puede existir un mundo si es creado bajo el signo de la maldición?” [...] En verdad, el Todopoderoso, bendito sea Su nombre, dijo: “Entonces, crearé [el mundo] bajo el signo de la bendición [בִּרְכָה], para que así pueda existir”.¹²

Sin embargo, se dice que, antes que provocar consternación entre los rabinos de la antigua Palestina, el íncipit consternó a la letra misma más que a nadie:

Un dicho de rabí Eliézer en nombre de rabí Ajab: Durante veintiséis generaciones [las veintiséis generaciones que se sucedieron entre Adán y la revelación en el Sinaí], la *alef* se lamentó ante el Trono de gloria del Todopoderoso, bendito sea Su nombre. “Amo del universo”, le dijo. “Tú no creaste el mundo conmigo, aunque soy la primera de las letras.” El Todopoderoso, bendito sea Su nombre, le respondió: “El mundo y aquello que lo habita fueron creados sólo por efecto de la *Torá*, como está escrito: ‘El Eterno fundó la tierra con sabiduría [es decir, *Torá*]’ [Proverbios 3.19]. Y por lo tanto, mañana, cuando la *Torá* sea entregada en el Sinaí, cuando comience a hablar, no pronunciaré a ninguna otra más que a ti: ‘Yo [אֲנִי, que comienza con la letra *alef*] soy Adonai tu Dios’ [Éxodo 20.2]”.¹³

Con cierta reminiscencia de la forma en que comienza el Decálogo, el cuento (que se vuelve a repetir en un *midrash*¹⁴ posterior) traslada el debate de un comienzo a otro comienzo, al reemplazar la ausencia de la letra en un pasaje capital por su decisiva y absoluta presencia en la escena de la entrega de la *Torá*. Si uno recuerda que la revelación

¹² *Midrash rabá*, 1.10; versión en inglés en *Midrash rabá*, p. 9.

¹³ *Ibid.*, p. 43.

¹⁴ *Shir ha-shirim rabá* 5.9.

en el Monte Sinaí es, en todo sentido posible, el hecho fundamental en la historia de la tradición judía, no resulta difícil ponderar el honor con que se inviste a la *alef*. Para expresarlo en términos sencillos, el prestigio de la letra en la historia de Israel no podría haber sido mayor.

Cuando la exacta naturaleza de la revelación se convirtió en un tema explícito de investigación, los exégetas se vieron forzados lógicamente a hacer comparaciones de las formas originales de las palabras divinas que comenzaban con la *alef*. El tratado talmúdico *Makkot*, que contiene un debate fundamental sobre esta materia, estableció que las únicas palabras escuchadas directamente por los hijos de Israel al pie del monte fueron aquellas de las dos frases que, en el libro del Éxodo, siguen inmediatamente a la letra *alef* inicial en “Yo” (אני): los mandamientos “Yo soy (Adonai tu Dios)” y “No tendrás otros dioses (ante Mí)”.¹⁵ Maimónides, al analizar extensamente “la palabra en el Sinaí” en el segundo libro de su *Guía de Perplejos*, se nutrió de esta fuente talmúdica para luego apartarse sustancialmente de ella. Argumentó que el reclamo rabínico de que los israelitas oyeron “Yo soy [Adonai tu Dios]” y “No tendrás otros dioses (ante Mí)” directamente de boca del Todopoderoso era puramente especulativo: ello significaba que “los principios de unidad y existencia divinas sólo pueden concebirse por medio del entendimiento humano”.¹⁶ Maimónides, entonces, agregó la siguiente respuesta más modesta a la pregunta sobre qué oyeron verdaderamente los israelitas: “Para mí es claro que en la escena del Monte Sinaí, no todo lo que llegó a oídos de Moisés llegó a oídos de los israelitas”.¹⁷ Llamó la atención sobre el hecho de que Dios se refirió a sí mismo en este pasaje dirigiéndose exclusivamente a una segunda persona singular y de que el texto de la Biblia sólo dice que los israelitas percibieron una “voz” (קול) y el filósofo llegó a la conclusión de que el pueblo “escuchó una voz poderosa pero no palabras claramente diferenciadas” (אֲלֻצוֹת אֱלֹהִים לֹא הִפְשִׁיר אֱלֹהִים); literalmente “la voz poderosa pero no la claridad de su habla”).¹⁸ “En toda la escena”, razonó Maimónides no sin cierta severidad, “los israelitas oyeron sólo un

¹⁵ *Makkot* 24a.

¹⁶ Maimónides, *Le guide des égarés*, vol. 2, cap. 33, p. 75.

¹⁷ *Ibid.*, p. 74.

¹⁸ *Ibid.*, p. 75.

sonido y lo oyeron sólo una vez”.¹⁹ De este modo, el filósofo reescribió una glosa rabínica sobre el pasaje bíblico y anticipó su interpretación mística más radical. El “sonido único” de *La guía de Perplejos* recuerda la lectura talmúdica de la primera palabra pronunciada en el Sinaí, “Yo” (אני) como el estenograma de una frase aramea completa: “Yo, mi alma escribí y entregué”.²⁰ Pero, al mismo tiempo, apenas una mínima brecha lo separa de la doctrina del rabino jasídico del siglo XVIII, Mendel de Rymanów, que fue resumida una vez por Gershom Scholem de la siguiente manera: “Todo lo que a Israel le fue revelado, lo que Israel escuchó no era sino la *alef* con que comienza el primer Mandamiento en el texto bíblico hebreo, la *alef* inicial de la palabra *Anoji*, ‘Yo’”.²¹

A través de una serie de contracciones de creciente intensidad, la revelación divina se reduce así a su elemento más pequeño: de la totalidad del texto de la *Torá*, tal como fue entregado en el Sinaí, pasamos al único texto que fue oído por todos, los primeros dos mandamientos, que se dice están contenidos en la palabra “Yo” (אני) y, en el caso más extremo, se redujo a su letra inicial, la *alef*, que el *Bahir* define como “la esencia de los Diez Mandamientos” (עקרונות דעשרת הברות),²² y el libro del *Zohar*, como “el principio y el fin de todos los grados”, “la inscripción en la que se inscriben todos los grados”.²³ La “voz poderosa” única sobre la que Maimónides escribió aparece, entonces, al final, como una letra curiosamente silenciosa: toda la revelación se reduce a una única letra cuyo sonido nadie puede recordar. Esto resulta tal vez menos sorprendente cuando se comprende en su dimensión teológica. ¿Podría haberse presentado Dios ante los seres humanos en otra forma que no fuese una letra que ya habían olvidado desde siempre? Materia del habla de Dios, la letra silenciosa marca el olvido a partir del cual emerge toda lengua. La *alef* resguarda el lugar del olvido en el nacimiento de todo alfabeto.

19 *Ibid.*

20 *Shabbat* 105a. Sobre *notarikon* y otras figuras de letras en la hermenéutica talmúdica, véase Ouaknin, *Le Livre brûlé*, pp. 124-126.

21 Scholem, “Religious authority and mysticism”, en *On the Kabbalah and its symbolism*, p. 30 [la traducción corresponde a la edición en español: *La cábala y su simbolismo*, trad. de José Antonio Pardo, Buenos Aires, Proyectos Editoriales, 1988, p. 33].

22 *The Book Bahir*, p. 149, sec. 53.

23 *Zohar* 21a; versión en inglés en *Zohar*, vol. 1, p. 89 [trad. esp. cit.: vol. 1, p. 50].

